

REFLEXIONES SOBRE EL EXAMEN DE ESTADO *

Martín DE RIQUER

Todos los años, durante la última quincena de junio y la primera de julio, reina la desazón en unos tres millares de hogares barceloneses. Muchachos de dieciséis a dieciocho años se disponen a pasar por la prueba de los Exámenes de Estado, final y coronamiento de siete años de estudio. Los muchachos llegan a la Universidad tras una larga y muy diversa preparación, verifican sus ejercicios escritos y orales y aproximadamente la mitad se vuelven a sus casas con el título de bachiller. Todo transcurre en una atmósfera de nerviosismo y de agitación: los alumnos son espantados con bulos sobre la severidad o arbitrariedad de los examinadores, los padres están intranquilos y muchos son los que mueven toda clase de influencias para cometer la enorme falta de educación y de civismo de conseguir recomendaciones, creídos que con ello suplirán siete años de absoluto desinterés por los estudios y progresos intelectuales de sus hijos. Está muy lejos de mi ánimo inmiscuirme en pasadas polémicas sobre el Examen de Estado; este problema se encuentra actualmente en vías de solución oficial y todos esperamos que en ella se impondrá la sensatez y se hallará una fórmula feliz y duradera. No obstante, creo que tiene cierto interés hacer algunas consideraciones sobre el grado de formación de estos muchachos, que llegan a la Universidad dispuestos a ganarse un título de bachiller, y gran número de los cuales se sale con la suya. A lo largo de siete años he formado parte de los tribunales examinadores de nuestra Universidad y me ha preocupado siempre hacerme cargo del nivel de formación de nuestros jóvenes estudiantes, pues en ellos (es preciso repetirlo aunque sea un tópico) se cifra la clase dirigente del mañana y entre ellos están, al fin y al cabo, quienes dentro de unos veinte o treinta años regirán el país, nos gobernarán y quienes tendrán en sus manos nuestra cultura y nuestra ciencia. Esta consideración nos hace a nosotros, los profesores universitarios, que intervenimos en los tribunales de Examen de Estado, responsables en parte del futuro de España y puedo asegurar que cuando nos detenemos a reflexionar seriamente sobre esta enorme responsabilidad tenemos sobrados motivos para angustiarnos.

Sólo quiero tratar de lo que conozco por mí mismo y de los datos que me ofrece mi experiencia personal. Durante unas quince convocatorias de Exámenes de Estado (junio y septiembre, todos los años) he preguntado literatura a excepción de unas pocas ocasiones en que me encargué de Geografía e Historia. Me limitaré, pues, a reflexionar sobre la preparación de nuestros jóvenes bachilleres en estas tres disciplinas.

Antes de cada convocatoria tomo tres o cuatro libros de texto de los que se cursan en los centros de segunda enseñanza y me formo un cuestionario a base de preguntas de literatura española y universal a las que forzosamente ha de responder el alumno que aspira al grado de bachiller. Ocurre siempre que, de este acervo de preguntas, hay que descartar una buena parte porque se advierte que los alumnos son incapaces de responder a ellas ni una sola palabra. Con ello el programa se reduce a unas proporciones inverosímiles y hay que ir repitiendo las mismas preguntas veces y veces, pues, si se sale

* Revista *Alcalá*, 1952.

de los temas más manidos y sencillos, se produce una verdadera hecatombe. Una vez iniciado el examen con tan paupérrimo y maltrecho programa, la mayoría de los examinandos producen una impresión general desoladora: hablan de escritores españoles y extranjeros, antiguos y modernos, con un total y absoluto desconocimiento de su significado cultural y humano, sin la más ligera idea de su estilo ni de sus peculiaridades y sin haber leído ni una línea de los autores de mayor trascendencia. Baste el ejemplo de una pregunta fácil que he hecho centenares de veces: Lope de Vega. El alumno suele dar una vaga y confusa explicación sobre su vida, dice que tuvo muchos amores y que se hizo sacerdote; no es raro que no tenga ni la menor idea del siglo en que vivió, y tras estos preliminares (que duran aproximadamente un cuarto de minuto), se pone a enumerar obras del Fénix de los Ingenios (a una interrupción mía, me manifiesta que ignora qué cosa sea un «fénix») y, por lo general, mezcla desordenadamente comedias, novelas, obras en prosa, poemas épicos y poesías breves. Luego, si es un alumno que está por encima de la medianía, se empeña en explicar el argumento de alguna comedia. Pero, si se trata de un alumno mejor, entonces las obras teatrales de Lope son enunciadas en una acertada clasificación: comedias históricas, comedias pastoriles, comedias caballerescas, comedias novelescas y de enredo, comedias de costumbres, comedias mitológicas, comedias religiosas, etc. Ante esta retahíla, apostillado cada género con dos o tres ejemplos, llego a creerme que el alumno conoce bien la obra de Lope y le pregunto cuál de todas estas comedias ha leído o ha visto representada. La respuesta es invariablemente la misma: ninguna. Le pregunto luego si estas comedias que ha mencionado están en prosa o en verso; titubea y no es raro que conteste que en prosa. El examinador ya no puede seguir más adelante, pues es imposible hacer hablar de un autor, sobre todo si es de la importancia de Lope, cuando el examinando no ha leído jamás ni una sola línea de su ingente producción. Si se pregunta Calderón, ocurre lo mismo y sólo un número insignificante recuerda las famosas décimas de Segismundo. No obstante, en esta última convocatoria, gracias al Congreso Eucarístico, algunos pudieron hablar un poco de los autos sacramentales *El gran teatro del mundo* y *El pleito matrimonial del Cuerpo y el Alma*. Una pregunta francamente difícil es Garcilaso de la Vega. Los alumnos más estudiosos saben el número de sonetos, églogas y elegías que escribió, pero tras estas noticias estadísticas, cuyo conocimiento no sirve absolutamente para nada, es inútil intentar que expliquen el valor, el significado y el estilo del gran poeta toledano y es ilusorio preguntarles si han leído alguna de sus poesías.

Gran parte de la culpa de esta absurda e inútil manera de saber literatura la tienen los cuadros sinópticos, cuya existencia sólo se puede tolerar como medio en recordar lo ya sabido, pero que, en realidad, se utilizan como único vehículo de aprender. Lo que no se ve por ninguna parte es una buena y constante labor de lectura de nuestros clásicos, aunque sea en antologías, y el estudiante permanece totalmente alejado de las grandes obras literarias, que jamás ha visto, pero cuyos nombres a veces conoce exclusivamente porque tiene buena memoria. De ahí, los líos que se arman en la cabeza la mayoría de los alumnos. Un buen número de ellos no recuerdan ninguna producción de Zorrilla, y sólo aciertan con el *Don Juan Tenorio* cuando les pregunto si saben de una obra que se representa todos los años el Día de Difuntos. El cine no ayuda en nada. Infinidad de veces pregunto Pedro Antonio de Alarcón (eternamente confundido con Juan Ruiz de Alarcón: «Era mejicano y joroba-

do...»), y no son pocos los que no saben nada de *El escándalo* ni de *El clavo*. A veces confiesan que han visto ambas películas, pero que ignoraban que se basaran en las novelas del gran escritor. Es sorprendente que gran número de jovencitas de unos dieciséis años manifiesten que jamás han leído ni una sola poesía de Bécquer o de Rubén Darío. Y tal vez aún es más alarmante que sea difícil encontrar algún muchacho que haya leído una novela de Walter Scott... Uno se pregunta aterrado: ¿qué leen estos jóvenes que aspiran a que el Estado les dé un título y a ser hombres de carrera?

En geografía y en historia reina el mismo desconcierto. No hablemos ya de preguntar las cabezas de partido de una provincia, pues frecuentemente vemos con asombro que no encuentran la provincia en el mapa, y, cuando se trata de alguna de las Vascongadas, se averigua la capital por eliminación. En el septiembre pasado pregunté a muchos alumnos cómo se llamaba el soberano de Inglaterra entonces reinante, y aunque por aquellos días todos los diarios hablaban con grandes titulares de la enfermedad de Jorge VI, sólo un número escaso pronunció su nombre. En cambio, todos ellos sabían que Favila murió devorado por un oso. La lista de los reyes de España desde Felipe V hasta Alfonso XIII es para nuestros estudiantes una pregunta difícil.

No exagero. Hablo del estudiante medio, el cual es evidente que no tiene la culpa de su bajo nivel cultural. Tampoco la tienen el procedimiento ni el plan de estudios. La prueba está en que en las primeras convocatorias de Examen de Estado los conocimientos y la madurez de los alumnos eran muy superiores; desde hace unos cinco años se observa un alarmante descenso que hay que atajar sea como sea. Se dice que los Exámenes de Estado constituyen una prueba dura. Para la preparación actual de los alumnos, evidentemente es duro preguntar si saben algo de Horacio, del Marqués de Santillana o de Quevedo. Si queremos preguntar literatura moderna sembramos el pánico; si alguna vez he interrogado a algún alumno sobre Mallarmé, Marcel Proust o Joyce, he tenido que retirar la pregunta asegurándole que por ignorar a tales escritores no le bajaría la nota. Se dice que el Examen de Estado es una dura prueba, y en el tribunal de nuestra Universidad, en el que yo formaba parte y que acabó su actuación la semana pasada, se examinaron 416 alumnos, de los cuales 271 merecieron aprobado, 61 notable, 3 sobresaliente y fueron suspendidos 81.

* * *

Aquellos mismos días, a un kilómetro escaso de nuestra Universidad, en un instituto extranjero se celebraban los Exámenes de Estado de una nación latina. Muchachos pertenecientes a la colonia de aquel país, residentes en Barcelona, desfilaban ante un tribunal formado expresamente por profesores llegados de fuera. Tuve un empeño especial en asistir a las pruebas. Sería muy útil que hicieran lo mismo todos cuantos dicen que los Exámenes de Estado españoles son duros y que los examinadores apretamos. En estos Exámenes de Estado extranjeros las pruebas escritas son seis, una de ellas dividida en dos ejercicios de cinco horas cada uno. Se trata del latín, disciplina en que se exige la versión de un texto de veinte líneas de Cicerón y luego la retroversión de otras veinte líneas de Maquiavelo al latín. El tema de literatura, basado en consideraciones sobre las clases sociales reflejadas en cierta novela, lo realizaron los alumnos sin tener delante dicha novela y durante seis horas. El tema de redacción de español, que versaba sobre «La labor cultural y misional de España en América», duró otras cinco horas. El

mismo tiempo se dedicó a otras dos lenguas modernas. Ocho horas duró el ejercicio de dibujo, en el que los alumnos llenaron una lámina y la hicieron seguir de un comentario artístico. El ejercicio de matemáticas, al que se destinaron cinco horas, consistió en resolver un problema de análisis matemático seguido de discusión.

Las pruebas orales fueron nueve, y duraron de veinticinco a cuarenta y cinco minutos cada una. La de literatura del país, al que pertenece este instituto extranjero, estribó en leer un pasaje de un gran autor del siglo XIII o de otros escritores del XIX al XX, y comentarlo desde el punto de vista literario, histórico y lingüístico. El de literatura española consistió en unas seis o siete preguntas sobre grandes autores (Santillana, Torres Naharro, Pereda, Galdós, etc.) y en la comprobación de que el alumno había leído varias obras literarias íntegras, sobre las cuales se le hacían preguntas concretas. El ejercicio oral de latín consistió en la lectura y traducción, repentinamente y sin diccionario, de una oda de Horacio y un pasaje de Tácito; el alumno comentaba literaria e históricamente lo que iba traduciendo y desentrañaba el pensamiento del autor. En la prueba de historia oí una disertación de un muchacho sobre los inicios del capitalismo y la política de Bismarck en Oriente, que duró media hora. En la prueba de filosofía se preguntaba sobre Kant, el escepticismo científico de Young, los fisiócratas, etc. En el examen de matemáticas oí disertar, ante la pizarra, sobre análisis matemático, trigonometría y geometría analítica. Seguían exámenes orales de física y química, de ciencias naturales, de dos lenguas extranjeras y de religión.

Los alumnos que en junio pasado realizaban estos exámenes, en pleno Barcelona, se expresaban con admirable soltura, manejaban conceptos abstractos con precisión y no daban la sensación de estar atemorizados ni de creer que se les sometía a una prueba durísima. Entre ellos, todos los años hay alumnos españoles, los cuales han estudiado este Bachillerato extranjero y lo hacen con la misma perfección que los alumnos naturales del país al que pertenece el citado instituto.

Si nos fijamos bien, el plan español de estudios de segunda enseñanza permite perfectamente interrogar a nuestros alumnos de las mismas materias y con el mismo tono, y en matemáticas incluso tal vez es posible alcanzar un grado superior. Nuestro plan, por lo tanto, no tiene la culpa del bajo nivel de nuestros estudiantes. Tampoco la tienen ellos; los alumnos españoles no son ni más inteligentes ni menos que los extranjeros, y la prueba está en que los españoles que cursan este Bachillerato extranjero dan también un excelente resultado.

Pero es doloroso confesar que la mayoría de los alumnos que actualmente se presentan al Examen de Estado español no podrían aprobar este Bachillerato extranjero. El mal se puede atajar. El Ministerio de Educación Nacional está dispuesto a hacer una decisiva reforma de nuestra enseñanza media. Cualquiera que sea la fórmula que se adopte, lo importante es que el Bachillerato sea realmente un conjunto eficiente de enseñanzas y que dé auténtica cultura y madurez a nuestros jóvenes alumnos. Estos alumnos, en gran parte, aspiran a ingresar en la Universidad y en un porvenir no lejano serán los ingenieros que construirán nuestros puentes, los químicos que encauzarán nuestras industrias, los juristas que velarán por nuestra justicia, los médicos que tendrán a su cargo nuestra salud, los diplomáticos que salvaguardarán nuestra patria en el extranjero, los políticos que llevarán nuestra nación. Sin un cambio de actitud y de procedimientos en nuestra segunda enseñanza, es

posible temer un aciago descenso en el nivel de nuestras clases dirigentes. Para evitar este posible desastre todos tenemos que poner nuestro esfuerzo: los alumnos, estudiando con amor y vocación; los profesores de segunda enseñanza, formando realmente a nuestra juventud, sin regatear esfuerzo alguno; los padres de los estudiantes, no empeñándose en que sus hijos sean bachilleres del modo más cómodo posible y no insistiendo en pretender que tengan el título, si no están dotados para ello, y los profesores universitarios que forman parte de los tribunales de Examen de Estado, haciendo cuanto puedan para evitar el descenso en el conocimiento y asimilación de las materias que exigen en las pruebas.